

Breve estudio geográfico del Chaco Boreal

I. — EL CHACO "A VUELO DE PÁJARO".

—Es la tierra chaqueña una inmensa llanura no inferior a doscientos mil kilómetros cuadrados, extendida en el corazón de América entre los cordones andinos y el sistema fluvial Paraguay-Paraná. Bajando de los Andes atravesando el Gran Chaco, ríos como el Pilcomayo y el Bermejo, y entre los cuales quedan las distintas porciones chaqueñas denominadas Austral, Central y Boreal. Es esta última, situada al norte del Pilcomayo, la espectacular manzana de la discordia paraguay-boliviana.

El lector dispuesto a seguirnos, puede con facilidad ubicar el Chaco Boreal entre estos puntos conocidos: Asunción, Bahía Negra (hacia el norte) y Villa Montes (hacia el oeste). Resulta un verdadero triángulo territorial, inmenso, llano, de vegetación chata, que permitió en la pasada guerra, duelos de artillería de sin igual resonancia.

Un cronista viajando en camión junto al Pilcomayo, dice del río que "rara vez es visto por causa del monte y la maraña, pero el suelo es de limo finísimo del que se levanta una nube de polvo tan sutil, como el de arroz o talco de tocador". Esas polvaredas son inevitables durante las sequías, y en la guerra delataban el paso de los transportes y hasta la dirección de las "picadas", o sea, los caminos abiertos en la maraña por los zapadores y utilizados en la mag-

na tarea del aprovisionamiento o del traslado de tropas. El estampido de un cañón, también provocaba polvaredas, utilizadas por supuesto como referencias por el enemigo. Por eso los artilleros cuidaban en lo posible de mojar el suelo, pese a que en ocasiones la escasez de agua era extraordinaria, y aún decisiva en ciertas operaciones (Guerra del Chaco, 1932-1935).

Las rutas que por doquiera atosigan con el polvo, se convierten después de cada lluvia en lodazales impracticables, en barreras de lodo que paralizan en absoluto el tránsito, incluso el de las bestias.

El Chaco es de una rara horizontalidad, debida seguramente al hecho de haber sido en tiempos remotos, el fondo de un mar interior. El hallazgo de fósiles y la existencia de petróleo, dan margen a éstas y otras teorías.

La vegetación no cubre por completo la llanura, pues hay desiertos arenosos, interrumpidos por "islas" de tupido arbolado, casi siempre espinoso y continuado en algunas partes por pajonales y aguadas.

Las necesidades de la guerra exigieron de uno y otro bando, el arreglo de pistas para aviones, que resultaban espléndidas por las condiciones mismas del relieve chaqueño. Por eso no hubo obstáculos insalvables al pesado "decollage" de los trimotores, lo que constituye un **acicate para** que en el futuro

se extienda en buena forma la colonización.

He aquí la descripción de un vuelo sobre el Chaco, vuelo iniciado desde un punto ubicado en el curso medio del Pilcomayo y cuyo rumbo general es el siguiente: primero al norte; en seguida regreso al sur, y finalmente, remontando el curso del citado río, hasta avistar los primeros cordones andinos:

“... Los caminos del interior del Chaco, impecablemente rectos y larguísimo como cintas extendidas en la fantástica llanura, toda cubierta de montes. Monte infinito que se confunde en todo el contorno con la blanquísima bruma que parece rodear el azur, sin ninguna interrupción, sin ningún relieve que denuncie la menor altura. Tiene esta visión una formidable y trágica grandeza. El infierno verde se extiende debajo, atrás, a derecha, y a izquierda y delante de nosotros, implacable, negruzco, infinito, temido, como la desesperación de la eternidad que de niño solía adivinar, así, igual, inacabable, terrible”.

“Después de una hora de este volar incesante sobre la negra llanura, pues la vegetación la adivinábamos por la gran altura que habíamos tomado sin duda para aproximarnos sin mucho peligro sobre la zona de la batalla viramos a nuestra izquierda o sea al sur y vimos claramente dibujados los caminos rectilíneos que surcaban de Ballivián y un campo enorme amarillento, que corta el monte en una gran extensión”.

Más adelante, el autor relata una “paone” y agrega: “Otra vez se normaliza el zumbido de los motores, pero ya

enderezamos al río Pilcomayo, volando sin desviarnos un punto de sus sinuosidades. Sin duda el piloto piensa que en un accidente las anchas playas pueden ser la salvación, en caso de aterrizaje forzoso”.

2. CLIMA, FLORA Y FAUNA. — El clima del Chaco (y como todo clima, decisivo para la vida) es continental por excelencia. Son frecuentes los cambios bruscos de la temperatura atmosférica, no siendo raras las oscilaciones termométricas de diez grados en cuestión de contados minutos. A esto se añade el soplo huracanado y húmedo del “surazo”, y las estruendosas tempestades con acompañamientos de vivos y sostenidos relámpagos, truenos desgarradores y lluvias copiosas. Pero estas tempestades se desencadenan tan prestamente como se alejan, bramando por el horizonte. Por lo general, se anuncian con una calma extraordinaria, breve, impresionante, sin que se mueva una hoja, al decir de todos los viajeros. Después rompe a llover a cántaros, y truena.

“El que no ha visto estas lluvias de trópico, dice un escritor que vivió en el Chaco, no tiene idea de su violencia y agrega: “por los troncos corren arroyos que hacen salir de debajo de las cortezas, una fauna repulsiva y escalfriante...”. En seguida sale el sol y calienta con su fuerza acostumbrada. “Todo lo quema el sol”, dice otro autor. “Un pajonal que ayer por la mañana estaba amarillo, ha encanecido hoy y está seco, aplasta o, porque el sol ha andado encima de él”.

Los días calurosos y monótonos enervan por completo y pesan duramente sobre los recién llegados a la llanura.

“La comida no deja de humear”, dice uno de ellos, ex-combatientes, y agrega, al relatar calores excepcionales: “Poner un vaso al aire libre a la sombra, echarle agua y después tomar un mate tibio, es cosa natural”.

Pero el Chaco aguarda con un tormento mayor, el de la sed, que invariablemente se presenta con sus alucinaciones primero, y después, con sus tétricas agonías. Durante la pasada guerra, los beligerantes se vieron más de una vez aislados y perdidos en el “infierno verde”, derrotados por la falta de agua, pese al instinto orientador de los guías que los paraguayos, sobre todo, contaban en buen número. “Al quinto día, relata un jefe, el soldado Ortíz me mira con los ojos desorbitados. . . Arroja el fusil, la cartuchera, y se desnuda a tirones, con rabia. . . De pronto se arroja al suelo y comienza a cavar la arena, con furia, arráncandose las uñas haciéndose pedazos las manos”. Y continúa diciendo: “Han aparecido buitres. Vuelan bajo, sobre nuestras cabezas. Se posan en los matorrales y nos miran pasar. Nos siguen. . .”.

En el paisaje chaquense, son típicas las “islas” de montes, alternadas con arenales en que ponen su nota, chata y monótona, los cardones y los “tuscales” o matorrales espinosos. Hacia las riberas del curso superior del Pilcomayo, crecen los algarobos y hacia el oriente del Chaco, en las inmediaciones del río Paraguay, se alzan palmeras de bellezas innegables, árboles de troncos hinchados como botellas, llamados “samuhus”, y quebrachos corpulentos de madera durísima. La explotación de estos últimos es una de las riquezas

regionales, a lo que debe añadirse la producción del tanino, desde que en 1889, un esforzado colonizador español, Carlos Casado del Alizal, instaló allí la primera fábrica americana.

Por supuesto el Chaco es susceptible de irrigación, pudiendo corresponder con una gran fertilidad, máxime si se toma en cuenta la calidad salina de sus tierras. Esto lo comprueban todas las localidades colonizadas por blancos, al oriente como al occidente, y que gozan hoy de verduras, frutas, (naranjas en especial), yerba mate y pastos para la ganadería. “El chaqueño es hombre valiente,—dice Urioste en su obra “La Fragua”—aguerrido, maneja con destreza el lazo, cría hermosos perros de presa entre los que no falta el tigrero, para cazar al tigre que diezma su ganado. . . .”

Y el tigre del Chaco es el jaguar. Su piel mancha la y su cuerpo enjuto, pero elástico y vigoroso, mimetizan perfectamente su presencia en la selva o en el pajonal. Zorros, liebres, puercoespines, iguanas, chanchos salvajes, vagan por los desiertos e se persiguen por los matorrales. Muchos son los viajeros que cuentan sus cacerías hechas desde el propio camión en marcha, o desde sus campamentos, cuando hacían un alto en sus exploraciones.

No faltan bandadas de patos que planean en las riberas fluviales o en las contadas lagunas de aguas cenagosas. Tampoco faltan avestruces, hurracas, cardenales y “charratas” (especie de gallinas montesas) que en ocasiones suelen ser presas de los “aguarás” o perros salvajes.

Pero el horror del Chaco viviente está

en sus ofidios, insectos y arácnidos. Se impone para el blanco que llega a vivir en él, al comienzo por lo menos, el uso personal del mosquitero, sobre el cual según algunos, ha sido posible ver arrastrar sus cuerpos asquerosos tarántulas y escorpinones. Mosquitas malignas, como el "marihui", forman a medio día verdaderos conglomerados. El "marihui"—dice una relación—ha logrado diezmar a nuestras tropas (las bolivianas) en una proporción del diez por ciento". Hablando de su ponzoña agrega que "no es dañina si el paciente tiene el valor de no rascar le parte picada que escuece, pero si tiene mal la sangre y cargado el estómago y se rasca, pronto se hincha la mano o la pierna, se hace una roncha y luego una llaga que inutiliza largo tiempo".

Nos contaba un ex-combatiente, ingeniero zapador, sus desventuras para familiarizarse con la mosca, ávida siempre de picar y de sorber. A toda hora había moscas, y al servirse el rancho zumbaban verdaderas nubes. Concluía por afirmarnos que la mosca conoce perfectamente al recién llegado y por un tiempo le hace el blanco de sus enloquecedores ataques. Después de contar otros interesantes aspectos de lo que vio mostraba como trofeo del Chaco, el "cascabel" que le había cortado a una serpiente venenosa que encontró arrollada cerca de su mosquitero.

En su obra "Del caldero del Chaco"..., cuenta el coronel Vergara Vicuña lo siguiente: "En cierto momento desfilaron por las proximidades del "pahuinche" (construcción rústica en campaña) en que almorzábamos, hasta tres víboras de una vez, deslizándose en distin-

tas direcciones, absortas y como apuradas. Lemoine (teniente) persiguió a un "coral", de bandas rojas y blancas, su cuerpo escamado, y con agilidad temeraria logró alzarla de la cola imposibilitándola para agredir; unos soldados derramaron gasolina sobre una obscura cascabel, sumiéndola en rápida asfixia; la tercera con más suerte se escurrió hacia la selva".

En suma, mientras la mano del colonizador no vaya a transformar el Chaco en un vergel—cosa no imposible— el "infierno verde" seguirá teniendo su trágica nombradía y continuará siendo "algo en que se han fundido todo lo hostil de la selva y todo lo terrible del desierto".

3. POBLACIÓN INDÍGENA. — La población autóctona del Chaco ha venido disminuyendo en los últimos siglos, por obra y gracia de la penetración blanca, que la desplaza sin remedio, y de las guerras que han sido alternadamente, actores o expectadores. Ya los primeros exploradores del Gran Chaco consignaban en sus relatos la belicosidad de estos indios, y hacían curiosas referencias acerca de sus costumbres en general. El propio monarca español en una de sus Reales Cédulas instaba a someterlos "sin estrépito judicial", y para su ánimo de cristiano devoto no cabía mejor manera que llamarlos "rebeldes".

En la actualidad tienen nombradía y son objeto de prolijos estudios científicos (particularmente por parte de investigadores europeos, argentinos y brasileros), tribus como la de los chiriguano, tobas, chalupis, chorotis y matacos, que en su mayor parte merodean en las riberas del Pilcomayo, en

cuyas aguas cogen abundantes y sabroso pescado. Alternan esta actividad con la caza de aves y mamíferos, y la recolección de miel y frutos del algarrobo o del chañar.

Toda esta indiada pese a la intensa obra evangelizadora, rinde fervoroso culto a la magia, al curanderismo y a la vida tradicional primitiva sometida a severos “tabús”, o prohibiciones terminantes. La mayoría de los trabajos “domésticos” son de cuenta de la mujer; a cargo del hombre quedan la pesca, la caza y la guerra. En cambio, sin excepción, todos se someten a las artes mágicas, a las influencias de los espíritus en toda suerte de acontecimientos personales: enfermedad, triunfo, derrota, hambruna, amor, matrimonio... “Después del nacimiento—dice de los tobas el investigador John Arnott,— queda al padre prohibido usar armas de ninguna clase. Si está en un camino cuando su mujer da a luz, debe entregar a otro hombre su arco y flechas, cuchillos y escopetas si los tiene. Es particularmente tabú en este período crítico el uso de metal alguno”.

Por lo general, entre los indios del Chaco se considera el nacimiento de un hijo como la verdadera ceremonia matrimonial de una pareja, lo que no impide en ciertos casos, la poligamia. Tenemos a la vista una fotografía en que se lee: “Un jefe y dos esposas, mientras otra mujer todavía muchachita, no figura en el grabado”. Es de advertir que ahora nos referimos a los indios “chorotis” entre quienes “la mujer es quien elige a su pareja”, casi siempre, después de sus frenéticas danzas circu-

lares, de sus inacabables cantos monocordes y libaciones a granel.

La influencia “moderna” puede verse en esta cita de un autor que conoció de cerca a los chulupis durante la última guerra: “Están en pleno contacto con los bolivianos. Se les dedica a la apertura de caminos y como guías. Entienden el castellano y algunos lo hablan. Las “chinitas” (como se llaman entre sí las mujeres) suelen cantar tangos empleando como los chinos la l en vez de la r, dicen: “cigalo” en vez de “cigarro”.

Es cosa bien sabida, el alto porcentaje de mestizos e indios que participaron en la guerra del Chaco. Entre los paraguayos, sobre todo fueron guías maravillosos e hicieron de la selva su verdadero campo de operaciones. Los bolivianos, aludiendo a los ascendientes de sus enemigos, dieron en llamarlos “guaraníes”. Estos a su vez, no habrán olvidado que los mestizos bolivianos provienen de los aimaras del Altiplano, desde donde bajaron al Chaco a luchar con ellos y con el “infierno verde”, que desconocían. Estos bolivianos autóctonos hechos soldados en la hora undécima, solicitaban en defectuoso castellano repetición del algún plato, de donde les vino el nombre típico de “repetes”.

4. EXPLORACIONES DEL “INFIERNO VERDE”. — El Gran Chaco—y dentro de él el llamado Chaco Boreal—no está aún explorado en forma definitiva de suerte que pueden llenarse los vacíos que ofrecen las cartas geográficas más prolijas. No es para extrañarse, puesto que en iguales condiciones se hallan

las cartas de todos los países americanos, incluso el nuestro.

Y hay dos razones principales, a nuestro juicio, que todavía mantienen un tal estado de cosas: primera, la escasa densidad de población y la enormidad de tierras disponibles, inexploradas y prácticamente desconocidas, y segunda razón las corporaciones o institutos científicos encargados de estos conocimientos, carecen de recursos suficientes que permitan organizar expediciones con fines puramente científicos.

El conocimiento del Chaco en todos los aspectos de su individualidad territorial: clima, relieve, flora, fauna, etnografía, mineralogía, etc., ha sido el resultante de objetivos prácticos, inmediatos y sólo desde fines del siglo pasado, de "investigación pura". Un cuadro histórico del "infierno verde" nos dará en este asunto, luces orientadoras.

El Tratado de Tordesillas que se estipuló en España allá por 1494, fijaba a los españoles y portugueses, las comarcas americanas que podían explorar a su sabor sin adentrarse en las del vecino. Los portugueses se entregaron a la conquista y colonización del Brasil, mientras los españoles "con una espada en la mano y la cruz en la otra", se abrieron paso por el resto de la América. Pero como todo era desconocido, las sorpresas y discusiones iban a ser inmensas. Desde luego, por capitulación con el Rey de España, Diego de Almagro se adjudicaba la "Nueva Toledo", que incluía Chile y Charcas, hoy Bolivia. Y aquí la primera duda: ¿incluía el Chaco? Por supuesto, si se atiende al meridiano de demarcación

fijado en Tordesillas, y según el cual no sólo el Chaco sino el Paraguay mismo entraban en la "Nueva Toledo".

Lo anterior permite establecer una cosa, casi una perogrullada: los acontecimientos históricos siguientes sobre el terreno mismo, pocas veces iban a calzar con la legislación emanada de España: la bravura de la naturaleza impedía ser exacto con la letra de las órdenes. De ahí la confusión, contradicción y vaguedad de los títulos.

Veamos, pues, las exploraciones durante la época de la Conquista. El primer Adelantado del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza, fué encargado por el Rey de proteger el estuario del Río de ese nombre contra las posibles invasiones portuguesas. En la realidad "como todos los Adelantados que en fechas posteriores habían de llegar a ese río, Mendoza sólo tenía una idea: buscar el oro y la plata del Perú".

Dos compañeros de mucho empeño traía el Adelantado: Juan de Ayolas y Domingo Martínez de Irala. Ambos fueron encargados de reconocer el interior del continente, remontando el curso del río Paraná y en la esperanza de llegar al Alto Perú. No hay duda de que han sido ellos los primeros europeos en avistar tierras del Chaco, sobre todo desde un punto en que convinieron separarse (año 1536): Ayolas para explorar el Pilcomayo, y Martínez de Irala para construir chozas de refugio en la banda izquierda del río Paraguay, justamente donde hoy queda Asunción, la metrópoli paraguaya.

En una nueva exploración dirigida hacia el norte, Ayolas desapareció según parecía entonces, abandonado por

Martínez de Irala que regresó con esa acusación encima. En una palabra, la vasta empresa de don Pedro de Mendoza había fracasado.

El segundo Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tendría a la larga parecida suerte; pero en cambio ilustraría su nombre con nuevas hazañas como aquéllas que corriera solitario en Centro-América durante largos años, con suerte increíble, hasta regresar a España. Ahora venía como Adelantado directamente a la Asunción, por vía terrestre, en caminata memorable sin perder un solo hombre. Era en 1540.

Al igual que su antecesor, Núñez Cabeza de Vaca quiso ir al Perú: navegó el río Paraguay y ordenó exploraciones audaces en débiles bergantines. De aquí nacieron no pocas y fabulosas narraciones que la Historia ha recogido con cuidado. Finalmente, por desacuerdos íntimos, el jefe fué encarcelado y vuelto a España, quedando una vez más a la cabeza de la nascente colonia, el ya citado Martínez de Irala.

Pero con Núñez había venido el hombre que había de ligar sus actividades a la conquista efectiva del Chaco y a impulsar con toda su energía la colonización: se llamaba Ñuflo de Chávez.

Desde luego Chávez acometió la temeraria empresa de remontar el Pilcomayo en deficientes embarcaciones—canoas según algunos—hasta quedar a la vista de los primeros contrafuertes cordilleranos. La naturaleza virgen y el paisaje chaqueño de factura extraordinariamente horizontal, dieron alas al genio imaginativo del explorador, que fué uno de esos tantos convencidos de

la existencia del fabuloso “EL DORADO”. Más tarde, Chávez viajó haciéndole compañía a Martínez de Irala, lográndose confirmar la muerte de Ayo-las a manos de los indígenas. Fué entonces cuando pudo iniciar su prodigiosa expedición a través del Chaco hasta que pudo alcanzar las márgenes del río Guapay, al pie mismo de la Meseta Boliviana, logrando en un supremo esfuerzo llegar a Lima y hacerse presente al Virrey don Pedro de la Gasca.

Vuelto a la Asunción, emprendió un nuevo viaje al Perú, por “sierras, bosques y hermosas praderas habitadas por bárbaros agricultores”. Pero en tierra llamada de Chiquitos, hubo de proseguir con poca gente hasta el Guapay, donde fundó en 1560, dos ciudades: una Santa Cruz de la Sierra, y la otra la Nueva Asunción o “La Barranca”. La primera, que subsiste hasta hoy, es la única ciudad boliviana importante de llanura, lejos del Altiplano. El tipo racial cruceño conserva sus rasgos españoles, y el idioma castellano tiene aún ciertas formas y todo el sabor del antiguo. Un caso lingüístico debido al aislamiento, como el de Chiloé en nuestro país.

Yendo por tierras desconocidas, Ñuflo de Chávez se topó un buen día con el capitán español Andrés Manso, que también exploraba debidamente autorizado por el Virrey del Perú. Manso es hombre que en punto a correrías y aventuras puede figurar con brillo entre los primeros caminantes del Chaco.

Ambos disputaron mejores derechos, y sus respectivas gentes se vigilaban día y noche. Chávez optó por ir a Lima, logrando se creara la Gobernación de

Santa Cruz, que él mismo pasó después a tener en sus manos.

Andrés Manso por su parte, pasadas algunas desventuras, prosiguió en nuevas exploraciones hasta verse acechado y muerto por los indios chiriguano, que vivían al oeste del Chaco. Su nombre ha quedado ligado a los "Llanos del Manso", cuya ubicación precisa también disputan hoy paraguayos y bolivianos. Por el momento puede asegurarse que esos llanos tocan las márgenes del Pilcomayo, pero extendidos ¿hacia qué punto cardinal?

Afirmado Chávez en su Gobierno de Santa Cruz, acometió la empresa de llevar a su esposa, hijos, funcionarios y otras gentes, desde la Asunción hasta aquella ciudad atravesando el Chaco. Era en 1563. Los autores que hemos consultado, ponderan por unanimidad la hazaña y el carácter férreo del jefe. El derrotero seguido entonces por Chávez, ha sido escrupulosamente seguido en 1928 por una comisión boliviana que así, prácticamente, pudo comprobar las penalidades que deben arrostrarse.

Chávez, como el capitán Manso, pereció a manos de la tribu indígena de los itatines en una de sus tantas excursiones al río Paraguay.

Durante la época colonial—siglos XVII y XVIII,—las expediciones continuaron, ya con fines de reconocimiento, ya para abatir a los naturales sublevados, ya para convertirlos en leales súbditos de Su Magestad. No se puede, eso sí, pasar por alto la obra evangelizadora de los misioneros, entre los cuales hubo algunos llevados de un celo apostólico y de desinterés digno de todo encomio.

En ciertas ocasiones, la Real Audiencia de Charcas ordenaba alguna "entrada" al Chaco, es decir, para explorar y someter a los indios, siendo también este asunto de las "entradas", en lo que atañe al origen de la orden competente, si emanada de Charcas o de Asunción, objeto de ardientes alegatos.

Consolidada la independencia de las naciones americanas, las exploraciones del Chaco prosiguieron aunque muchas de ellas con fin político-estratégico, cual era el de llegar a poseer de hecho el dominio o soberanía territorial. Se realizaron fuera de muchas otras las siguientes exploraciones: en 1843, la del geógrafo general Rodríguez Magariños; al año que sigue la del ingeniero Van Nivel con 58 hombres; en 1882, la del sabio francés Julio Crevaux, encargado por su Gobierno para reconocer los ríos Pilaya y Pilcomayo. Venía precedido de grande y merecida fama; pero como no aceptó la escolta ofrecida por Bolivia, pereció agredido por la guerra tribu de los tobas. Finalmente, puede citarse la expedición que en 1883, dirigió Daniel Campos a la cabeza de 130 soldados que fueron recibidos en la Asunción con muchas simpatías. Campos elevó después a su Gobierno un detallado informe de su misión.

Pero insistimos en decir que el conocimiento cabal del Chaco no está hecho sino a medias. La guerra ha empujado a los rivales a ponderar lo que él es, a meditar y a actuar en el terreno. Léanse sin comentario alguno de nuestra parte, estas líneas escritas en 1932, por un ex-Auditor de Guerra boliviano: "Su desconocimiento (del Chaco) era total por parte del pueblo y aún los

gobernantes no se podían vanagloriar de tener conocimientos exactos sobre aquellos territorios. El esfuerzo militar y la tradición consistente en enviar allí

como a otros territorios coloniales a nuestros oficiales jóvenes conforme a disposiciones legales, permitía a Bolivia a conservar el Chaco”.